

en ella los ojos, porque presumen que yo los he puesto. No vayas á revelarles el secreto que acabo de confiarte, porque esta noticia, que las llenará de alegría, y que tal vez aguardan, sólo por mí deben saberla.

Dicho esto se levantó de la mesa, arrojó al aire una bocanada de humo, y se entró en su cuarto, con el aire del que acaba de dar un golpe seguro.

Gabriel se quedó trémulo, anonadado, sin fuerzas para levantarse, sin voluntad para moverse, como quien acaba de sufrir un golpe tremendo.

CAPÍTULO XX.

El delirio.

Aquella noche, cuando el médico hizo á Rosalía la segunda visita, la encontró sumergida en el ardor angustioso de una fiebre, que, á pesar de su violencia, no dejaba conocer aún la clase de enfermedad que en ella se encubría, porque ningún síntoma especial la determinaba.

Acompañaban á esta calentura ligeros estremecimientos, que agitaban de vez en cuando los abrasados miembros de la enferma, y subían á su garganta penosos suspiros, semejantes á los que exhalan los niños durante el sueño cuando han llorado mucho antes de dormirse.

El médico fijó principalmente su atención en esas dos circunstancias, y comenzó á presumir si sería moral la causa de aquel trastorno físico; si en vez de un pasmo de la sangre sería un pasmo del espíritu. Entonces se dirigió á la viuda, y le preguntó:

—¿Ha sufrido esta niña alguna contrariedad?

—No (contestó la madre); yo, á lo menos, no sé qué pueda haberla contrariado.

Confirmando el P. Antonio la respuesta de la madre, añadió:

—Contrariedad.... ninguna.

—Bien (dijo el médico); pero ¿no saben Vds. si tiene algún motivo de aflicción?

La viuda se encogió de hombros, y el P. Antonio contestó:

—Motivo de aflicción, ninguno.

—No se aflija V., señora (añadió el médico, viendo la angustia pintada en el semblante de la viuda). No veo nada que deba alarmarnos, y hay que esperar á que la enfermedad se explique, para que podamos entenderla. Entre tanto, sigan Vds. al pie de la letra el plan que he establecido, cuidando mucho de no despertarla si la calentura bajara y llegara á dormirse.

La viuda, sentada junto á la cama de su hija, cruzó los brazos sobre el pecho, y bajó la cabeza; el P. Antonio cruzó las manos, y levantó los ojos al cielo: la madre esperaba; el sacerdote pedía.

César, delante de la cama, movía impaciente las orejas, teniendo la mirada fija en el semblante de Rosalía.

Así trascurrió algún tiempo, sin que se oyera en la estancia más que la agitada respiración de la enferma.

De pronto se percibió un rumor lejano, que rápidamente se acercaba, y á los pocos instantes la viuda y el P. Antonio distinguieron claramente el trotar de los caballos, el sonido de los cascabeles, los chasquidos del látigo y las voces del mayoral. Era la diligencia que acababa de remudar el tiro, y seguía su camino.

Este ruido, que pasó como un terremoto, conmovió á la enferma, estremeciéndola toda, y entonces no fué un sollozo lo que se escapó de su pecho, sino un grito, que parecía arrancado del fondo de su alma; al mismo tiempo levantó los brazos, agi-

tándolos como si quisiera detener algo que huía delante de sus turbados ojos.

La viuda se puso de pie, y abrazando á la enferma, besó su frente abrasada, diciendo con toda la ternura de su corazón:

—¡Hija mía! ¡Hija de mis entrañas!

El P. Antonio se acercó también á la enferma con semblante afligido, y César alzó las manos, y apoyándolas sobre la cama, aulló tristemente.

El fuego de la calentura iluminaba el rostro de Rosalía, destacándose más vivamente las suaves líneas de sus facciones; parecía iluminado por el reflejo de un incendio; la sombra de sus párpados entreabiertos se extendía más rasgada y más profunda bajo los graciosos arcos de sus cejas espléndidas; entre los labios encendidos brillaban los dientes con el resplandor del nácar, y vagaba en su boca una sonrisa, si me es permitido decirlo así, llena de lágrimas. La cruel enfermedad, que tenía postrado su cuerpo, parecía complacerse en hermosear su rostro.

Después de esta agitación, levantó los ojos y los fijó en su madre, murmurando con voz apagada estas palabras:

—César lo sabe todo.... pero los perros no hablan.

César, al oír su nombre en los labios de Rosalía, agitó la cola con reprimido desasosiego.

La viuda y el P. Antonio se miraron en silencio.

La enferma prosiguió diciendo:

—Es el coche.... Ya está ahí.... Ahora va á pasar por delante de la reja....

Diciendo esto, apartó la mirada de su madre, y cerró los ojos, añadiendo:

—Voy á verlo.

—Delira,—dijo el P. Antonio en voz muy baja.

—Sí,—contestó la viuda, añadiendo el ademán á la palabra.

Por algunos instantes permaneció la enferma silenciosa, al cabo de los que agitó los labios, y dijo con voz semejante á un murmullo:

—Stradivarius.... Stradivarius.

Después exclamó con angustiado acento:

—¡Dios mío!.... ¿Por qué ha de tener mi madre ese hermano?

La viuda se llevó la mano al corazón, como si hubiera sentido en él un golpe repentino, y con la boca entreabierta y la mirada ansiosa, esperó.

¿Qué esperaba?

Esperaba que el delirio de su hija iluminara su entendimiento, lleno de terribles confusiones.

Rosalía habló de nuevo palabras incoherentes, frases extrañas, que el P. Antonio oía absorto, sin acabar de comprender el sentido que encerraban; pero la viuda las iba combinando y completando, pintándose en su fisonomía todo el horror de que estaba poseída su alma.

Á cada palabra, á cada frase de su hija, hacía uno de esos movimientos que expresan la confirmación de alguna espantosa sospecha ó de algún temeroso presentimiento.

Llegó un instante en que, agitada Rosalía por las imágenes que la fiebre pintaba en su imaginación turbada, tendía los brazos como rechazando la terrible sombra que la perseguía.

—¡Madre, Madre!—gritó con espanto; y dejó caer sobre la cama los brazos desfallecidos.

—Aquí está tu madre (dijo la viuda abrazándola). Tu madre, que hace mucho tiempo lleva clavado en su corazón el presentimiento de esta desdicha.

El P. Antonio, testigo mudo de esta escena, se ha-

llaba aterrado, porque aun cuando no comprendía bien lo que estaba oyendo, presumía que en el fondo de aquella revelación incomprensible se ocultaba algún desastre. Lo único que sacaba en limpio era que Rosalía había estado aquella mañana á ver á su tío; lo demás lo encontraba tan confuso, tan embrollado, que no acertaba á explicárselo. Vislumbraba que Rosalía se había visto en un gran peligro, y que César la había salvado. En otra ocasión habría creído que todo ello no era más que fantásticas imaginaciones creadas por la fiebre; pero las palabras de la viuda le hacían creer que se había realizado una desgracia antes temida.

El buen sacerdote se hallaba aterrado y absorto.

La enferma seguía delirando, pero no pronunciaba más que medias palabras.

En esto sonó la una en el reloj de la iglesia, con ese acento triste con que suenan las horas en medio de la soledad y el silencio de la noche. Entonces la viuda acercó á los labios de su hija una cuchara, cuyo contenido, transparente como el cristal, derramó en su boca. La enferma tragó la medicina paladeándola, abrió los ojos, miró á su madre, y volvió á cerrarlos.

Parecía que el delirio empezaba á apaciguarse, pues poco á poco fué apagándose el murmullo de sus palabras, hasta llegar á ser imperceptible. La viuda advirtió que la respiración era menos anhelosa.

Inmóvil como una estatua, con las manos cruzadas, en ademán del que suplica, permaneció junto á la cama, clavados los ojos en el semblante de la enferma, midiendo por los latidos de su corazón los bruscos sacudimientos de la fiebre.

Al otro lado de la cama se destacaba la figura del P. Antonio como una sombra.

Un pintor inspirado habría visto en los pormenores y en el conjunto de este cuadro, lleno de ansiedad y de tristeza, asunto para una de esas obras que el arte inmortaliza. Yo no me atrevo á describirlo.

Con mano casi impalpable tocó la viuda la frente de su hija, y volviendo el rostro hacia el P. Antonio, hablando más con los labios que con la voz, le dijo:

—¡Duerme!

El P. Antonio y la viuda se retiraron silenciosamente á la habitación inmediata, y César, después que los hubo visto alejarse, se tendió á los pies de una silla que había junto á la cama de la enferma. Se tendió, he dicho; pero debo advertir que su actitud no era la del perro que descansa, sino la del perro que vigila.

De vez en cuando volvía su inteligente cabeza hacia la habitación en que se hallaban la viuda y el P. Antonio, porque llegaba á sus movibles orejas el cuchicheo de la conversación íntima que éstos habían emprendido; y el animal, inquieto, parecía decirles que hablaran más bajo.

Al amanecer, la enferma continuaba durmiendo, habiéndose presentado el síntoma favorable de un sudor copioso, y el P. Antonio salió de la casa y tomó el camino del monasterio.

Marchaba el buen sacerdote con el cuerpo inclinado hacia adelante, como si llevara sobre la cabeza un peso enorme.

Algunas veces levantaba los ojos al cielo, cuyo limpio azul sonreía sonrosado por las primeras claridades de la mañana, y volvía á bajarlos, como si la alegría de aquella aurora tranquila ofendiera la tristeza de sus pensamientos. Salían de su pecho

grandes suspiros, en los que se mezclaban la pena y el enojo.

Ya lo vimos otra vez andar el mismo camino, empeñado en descifrar el enigma del extraño regocijo con que la viuda recibió la noticia de que el comandante tenía un hijo, que sería el heredero de su fortuna. Ahora lleva descifrado el enigma, porque se golpea la frente, y exclama:

—¡Jamás lo hubiera imaginado! ¡Bien podía yo devanarme los sesos!....

Diciendo esto, cruzaba los brazos y se quedaba pensativo.

Otras veces se rascaba la frente, y decía:

—¡Vamos!: ese hombre está dejado de la mano de Dios.

Así llegó al monasterio, y entró en él, diciendo:

—Ese demonio.... Dios me perdone, se ha interpuesto, ¡Virgen Santa!, entre su sobrina y su propio hijo....; es decir, que tiene al mismo Lucifer dentro del cuerpo. ¡Jesús mil veces!.... ¿Y cómo se le dice al pobre muchacho que su padrino.... esto es, que su padre, es una furia del infierno?... ¡Santo Dios! ¿Por qué ha de tener el demonio tanta habilidad para enredar las cosas?....

Hablando de esta manera, atravesó el claustro solitario, y se dirigió á la pequeña celda que ocupaba contigua á la sacristía.

La puerta de la celda estaba únicamente cerrada por el picaporte, porque el P. Antonio no guardaba en ella más que su cama de tablas y su jergón de paja, un sillón de baqueta, dos sillas con asiento de esparto, una mesa de pino, sobre la que se veían algunos libros devotos presididos por el Breviario, un tintero de peltre, en el que había tres plumas de ave, y en medio de la mesa, clavado en un pie de

piedra, se alzaba un crucifijo, cuya cruz era de madera y la imagen de plomo.

Levantó el P. Antonio el picaporte, y penetró en su humilde celda, que, si me es permitido decirlo así, salió á recibirlo, iluminada por los primeros rayos del sol que la invadían, merced á una ventana que, abierta de par en par, daba al pequeño huerto del monasterio, mirando á Oriente.

Sacudió su pobre sotana y sus rudos zapatos cubiertos por el polvo del camino, y en un gran barreño, lleno de agua serenada y trasparente, se lavó la cara, la cabeza y las manos, después de lo cual se santiguó, y murmurando una oración piadosa, fué á tomar su Breviario, que, como hemos dicho, estaba sobre la mesa delante del crucifijo.

Iba á preparar su espíritu para decir Misa, mientras esperaba á Gabriel, que, como ya sabemos, iba todas las mañanas al monasterio.

Antes de abrir el Breviario y comenzar sus rezos, se acercó á la ventana, desde donde se descubría el camino; contempló un momento el hermoso paisaje que se abría ante sus ojos, y dijo:

—Aún no viene.... ¡Mucho tarda hoy!

Puso el libro sobre la palma de la mano, y las hojas se abrieron, dejando ver un pliego de papel hecho varios dobleces, circunstancia que llamó su atención, pues no tenía costumbre de poner entre las hojas del Breviario más que estampas de Santos. Aquel papel allí era una cosa extraordinaria, pues él no recordaba haberlo puesto.

Desdoblólo, y se aumentó su sorpresa, porque el papel estaba escrito. Lleno de sobresalto, leyó lo siguiente:

«P. Antonio: ¡qué cruel es la ley de mi destino!

Hace más de cuatro meses que perdí á mi madre y me quedé solo en el mundo. Por cumplir su última voluntad vine á este pueblo, donde mi alma se ha llenado de alegría y de esperanza; pero hoy un deber imperioso me manda alejarme de aquí.... alejarme para siempre. Me siento desfallecer; pero Dios me dará fuerzas. He venido al monasterio esta tarde á confiarle á V. el dolor de mi alma y la resolución de mi voluntad. Despidame V. de la viuda y de Rosalía; júreles V. que no se apartarán ni un momento de mi memoria mientras viva.

»Va á oscurecer y V. no vuelve, y yo no puedo detenerme más tiempo, porque esta noche es preciso que huya de lo que más amo en el mundo. Sé que voy á afligir á Rosalía con este viaje repentino y eterno; pero pronto comprenderá todo el tierno valor de mi sacrificio, y conservará un cariñoso recuerdo de su pobre amigo.... Hay un hombre que la ama; es poderoso, es rico, y la hará dichosa.... Yo, en cambio, nada puedo ofrecerle. Dios sabe que no ofendo su corazón pensando de este modo; pero mi amor no debe abusar de su bondad. No les revele V. el secreto que voy á confiarle: mi padrino es el hombre que ha puesto sus ojos en Rosalía. V., que conoce el estado de mi corazón, comprenderá que no debo permanecer aquí más tiempo. Tampoco pienso despedirme de mi padrino, porque temo que descubra en mis lágrimas lo que debe ignorar siempre. ¡Ay, P. Antonio! Soy un hombre que desde esta mañana llora como un niño.... ¡Insensato! ¿Por qué he alimentado este sentimiento que no puedo arrancar de mi alma?

»Dios lo quiere, y debemos someternos á sus altos designios. V. lo ha dicho muchas veces, y yo lo recuerdo ahora y lo recordaré siempre: *Bien-*

aventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.»

Acabó el P. Antonio la lectura de estos tristes renglones, y permaneció algunos instantes pensativo; después movió la cabeza como quien se afirma en una resolución adoptada, y, abriendo el *Breviario*, comenzó sus rezos con más fervor que nunca.

CAPÍTULO XXI.

Dios lo quiere.

Al día siguiente encontró el médico á Rosalía casi limpia de calentura: sólo quedaban en el pulso las huellas de la fiebre: no obstante, la tuvo tres días en la cama.... Esta crisis de su naturaleza, según el médico, dejó en su espíritu un elemento de tristeza que inútilmente trataba de ocultar, porque su madre y el P. Antonio, que de continuo la observaban, advertían los esfuerzos con que pretendía disimular la pena interior que la devoraba.

Había salido ya de la convalecencia, que fué larga, porque se había apoderado de su ser una languidez extrema y persistente, y ni una vez siquiera había preguntado por Gabriel: este nombre no salía nunca de sus labios.

La tristeza de Rosalía se reflejaba en toda la casa; las flores del jardín, casi abandonadas, morían devoradas por la maleza que crecía en los tiestos; las enredaderas desfallecían, los peces del estanque morían uno á uno, y el mirlo no silbaba, porque no oía la voz de su ama; el piano había enmudecido: sus cuerdas, flojas y desafinadas, no tenían ya más